

ACTO I

Siguiendo a uno de sus halcones favoritos, el joven Calisto traspasa la puerta de un jardín. No ve al halcón, pero se topa con Melibea, una joven muy hermosa de la que se enamora al instante. Cuando le declara su pasión, ella lo rechaza sin contemplaciones. Calisto vuelve a su casa muy angustiado, deseoso de encontrar la muerte. Su criado Sempronio le aconseja pedir ayuda a Celestina, una vieja alcahueta y hechicera. Calisto accede, y Sempronio va a la casa de Celestina. Allí, su enamorada Elicia, que es prostituta, está en la cama con un cliente, Crito. Al llegar Sempronio, Crito se esconde. Mientras Sempronio negocia con Celestina, Calisto, en su casa, conversa con otro criado suyo llamado Pármeneo, al que Celestina conoce desde que era un niño. Celestina y Sempronio llegan a casa de Calisto.

CALISTO, MELIBEA, SEMPRONIO,
CELESTINA, ELICIA, CRITO, PÁRMENO.

ESCENA I

En el jardín de Melibea.

CALISTO: Así que ese es tu nombre: Melibea.

MELIBEA: Como el tuyo es Calisto.

CALISTO: En esto veo la grandeza de Dios.

MELIBEA: ¿En qué, Calisto?

CALISTO: En que dio instrucciones a la naturaleza para que te hiciese tan hermosa, y en que me ha concedido, sin merecerlo, el regalo de encontrarte aquí. ¿Acaso hay ahora mismo en este mundo un hombre más feliz que yo? Ni siquiera los santos, que gozan en el cielo con la visión de Dios, pueden disfrutar más de lo que yo lo hago al contemplarte.

MELIBEA: ¿Tanto te agrada verme, Calisto?

CALISTO: Si Dios me diese en el cielo un asiento a su lado, no sería más feliz.

MELIBEA: ¿No exageras un poco?

CALISTO: Solo hay una sombra en esa felicidad, y es que empiezo a entrever el tormento que debe de ser separarse de ti.

MELIBEA: Pues, si sigues así, yo te daré un premio aún mayor.

CALISTO: ¡Oh, dichosos oídos míos, que habéis escuchado palabras tan hermosas!

MELIBEA: (*Con enojo*). Me has entendido mal. Más que dichosos, tus oídos serán desdichados, cuando escuchen lo que voy a decirte. Porque he de hablarte como corresponde a tu loco atrevimiento. ¡Vete de aquí, infame, lascivo! ¿Cómo te atreves a intentar seducirme con halagos y frases ingeniosas? ¿Tan poco te importa mi virtud? ¿Crees que a mí me divierte escucharte? Yo estaba tranquila antes de que vinieras. ¡Vete de una vez, sinvergüenza!

CALISTO: (*Confundido y herido en su amor propio*). Me iré, porque el destino me ha señalado con un odio cruel.

ESCENA II

En casa de Calisto.

CALISTO: ¡Sempronio, Sempronio! ¿Dónde está ese maldito?

SEMPRONIO: (*Tarda en aparecer*). Aquí estoy, señor, cuidando los caballos.

CALISTO: Entonces, ¿por qué vienes de la sala?

SEMPRONIO: Es que el halcón se cayó al suelo. Como lleva la capucha puesta, no sabía volver a la percha y he tenido que ayudarlo.

CALISTO: ¡Demonio de criado! ¡Qué no serás capaz de inventar para no cumplir con tus obligaciones! ¡Así perezcas de muerte violenta o te vayas al infierno! ¡Anda, anda, malvado, abre la habitación y prepárame la cama!

SEMPRONIO: Al momento, señor. (*Entran en el dormitorio*). Ya está hecho.

CALISTO: Cierra la ventana y deja que la oscuridad me envuelva. Mis pensamientos tristes son indignos de la luz. ¡Ay, bienaventurada muerte, deseada por todos los afligidos, ven ya!

SEMPRONIO: ¿Qué te sucede, señor?

CALISTO: ¡Calla y vete! Si te quedas, quizá mis manos acaben violentamente contigo, antes de que llegue mi rabiosa muerte.

SEMPRONIO: Me voy, ya que prefieres quedarte a solas con tu dolor.

CALISTO: ¡Vete al infierno!

ESCENA III

Sempronio sale de la habitación y habla para sí.

SEMPRONIO: (*Aparte*). El infierno sería quedarme contigo. ¡Oh, desventura! ¡Oh, mal repentino! ¿Qué es lo que le habrá pasado, que de repente le ha robado la alegría y, lo que es peor, el juicio? Y ahora, ¿qué hago yo? ¿Lo dejo solo o entro? Si lo dejo, se matará. Si entro, me matará a mí. Pues que se quede solo. Más vale que muera mi amo, que detesta la vida, que no yo, que disfruto de ella. Aunque sólo fuera por ver a mi Elicia, debería evitar cualquier peligro. Pero, si se mata sin testigos, cabe la posibilidad de que me acusen a mí.

Entonces más vale que entre. Pero, ¿para qué, si no quiere consuelo ni consejos? Eso es señal de que no quiere curarse. Mejor que no me vea, o montará en cólera. Voy a esperar a que se calme un poco y a que lllore sus penas, que las lágrimas y los suspiros son el mejor desahogo del corazón dolorido. Si entretanto se mata, que se mate. Quizá yo saque algún provecho. O quizá no, porque si se muere tal vez me maten a mí, y no habría solucionado nada. En fin, que debería entrar. Escucharé sus penas e intentaré consolarlo.

ESCENA IV

Sempronio vuelve a la habitación.

CALISTO: ¡Sempronio!

SEMPRONIO: ¿Señor?

CALISTO: Acércame el laúd.

SEMPRONIO: Aquí está.

CALISTO: *(Toma el laúd, lo tañe y canta).*

¿Qué dolor puede ser tal
que se iguale con mi mal?

SEMPRONIO: Sí que está desafinado ese laúd.

CALISTO: ¿Cómo no va a estarlo, si quien lo toca, que soy yo, tiene el corazón hecho pedazos y en mi pecho se agolpan la paz y la guerra, el amor y la enemistad, las injurias y las sospechas, todo ello por la misma causa? Sempronio, toca tú y canta la canción más triste que sepas.

SEMPRONIO: (*Toma el laúd, lo tañe y canta*).

Mira Nerón de Tarpeya
a Roma cómo se ardía.
Gritos dan niños y viejos,
y él de nada se dolía.¹

CALISTO: Mayor es el fuego que arde dentro de mí, y tampoco ella muestra ninguna piedad.

SEMPRONIO: (*Aparte*). Si no me engaño, mi amo se ha vuelto loco.

CALISTO: ¿Qué murmuras, Sempronio?

¹ Este fragmento de un antiguo romance cuenta cómo el emperador romano Nerón (37-68 d.C.) contempló impasible, desde una roca llamada Tarpeya, el incendio de la ciudad de Roma, que él mismo había provocado.

SEMPRONIO: Nada, no he dicho nada.

CALISTO: Puedes hablar sin temor, anda.

SEMPRONIO: Me preguntaba cómo puede ser mayor el fuego que arde en tu pecho que el que incendió Roma y acabó con tanta gente.

CALISTO: ¿Cómo? Yo te lo diré. La llama que mata un alma es mayor que la que quema cien mil cuerpos. Por cierto que, si el fuego del purgatorio es tan terrible como el que ahora me consume, prefiero que mi espíritu vaya directamente a reunirse con los de los animales, en vez de pasar por el purgatorio en su camino al cielo.

SEMPRONIO: (*Aparte.*) No le basta con estar loco. Encima se ha vuelto hereje.

CALISTO: ¿No te he pedido que, si tienes algo que decir, lo hagas en voz alta?

SEMPRONIO: Creo, Señor, que eso que habéis dicho del purgatorio me suena a herejía.

CALISTO: ¿Por qué?

SEMPRONIO: Porque va en contra de la religión cristiana.

CALISTO: ¿Y a mí qué me importa?

SEMPRONIO: ¿Acaso no eres cristiano?

CALISTO: (*En tono exaltado.*) ¿Yo? Melibeo soy y a Melibea adoro, en Melibea creo y a Melibea amo.

SEMPRONIO: Así que todo se reduce a eso. Tienes una indigestión de Melibea, pero no te preocupes. Yo te curaré.

CALISTO: Muy seguro estás.

SEMPRONIO: La curación empieza cuando se pone nombre a la dolencia del enfermo.

CALISTO: ¿Y cuál es mi enfermedad, según tú?

SEMPRONIO: Que amas a Melibea.

CALISTO: ¿Solo eso?

SEMPRONIO: Bastante malo es que tu voluntad dependa de una sola mujer.

CALISTO: ¡Mira quién me lo dice! ¿Acaso no te precias tú de adorar a tu amiga Elicia?

SEMPRONIO: Haz caso de lo que digo, no de lo que hago.

CALISTO: ¿Qué me reprochas?

SEMPRONIO: Que sometas la dignidad del hombre a la imperfección de la débil mujer.

CALISTO: ¿Mujer? ¿Hablas de Melibea? ¡Oh, grosero! ¡Melibea es Dios, Dios! No creo que haya

otro Dios en el cielo, puesto que ya está aquí, en la tierra, y vive entre nosotros.

SEMPRONIO: (*Rompe a reír*). ¡Ja, ja, ja! ¡Menuda locura!

CALISTO: ¿Por qué te ríes?

SEMPRONIO: Me río al pensar en la enormidad de tu pecado. ¡A ti te encantaría abusar de Dios!

CALISTO: (*Ríe también, de buena gana*). ¡Maldito seas! Me has hecho reír, y eso que hoy no me apetecía.

SEMPRONIO: ¿Tienes intención de pasarte la vida llorando?

CALISTO: Sí.

SEMPRONIO: ¿Por qué?

CALISTO: Porque amo a Melibea, pero soy indigno de ella, y no tengo esperanza de conseguirla.

SEMPRONIO: ¡Oh, desdichado! ¿Cómo es posible que tú, que tantos méritos tienes, desesperes de conseguir a una mujer? ¿Acaso ignoras que muchas de ellas, y de las más nobles, se sometieron

a los deseos de un vil acemilero², y que otras lo hicieron con animales? ¿No has leído que Leda³, la mujer del dios Zeus, se enamoró de un cisne?

CALISTO: Son habladurías, o fábulas de la mitología griega. No creo en nada de eso.

SEMPRONIO: Lee a los historiadores, a los filósofos, a los poetas. Sus libros cuentan muchos ejemplos de hombres que adoraban a las mujeres, y luego se llevaron una gran decepción. Paganos, judíos, cristianos y moros, todos coinciden en eso. Cierto que muchas son santas y virtuosas, pero, ¿y las otras? ¿Quién podría contar sus mentiras y sus disimulos? ¿No fue la mujer quien expulsó a Adán del paraíso? ¡Señor, huye de sus engaños, que es muy difícil entenderlas! Tan pronto te invitan a sus alcobas como te despiden o te insultan por la calle. Quieren que uno adivine lo que ellas quieren. ¡Oh, si no fuera por sus encantos!

² El oficio de acemilero consiste en cuidar o guiar animales de carga.

³ En la mitología griega Zeus se transforma en cisne para poseer a Leda.